

Vicente Blasco Ibáñez
LA LEPRA FRAILUNA
(*Vida Nueva*, 3-7-1898)

Por sostener la preponderancia de los frailes perderemos las Filipinas. Hace algunos meses se sometieron los rebeldes tagalos con las condiciones de que España expulsaría a los frailes del archipiélago como los expulsó de la península en 1835, que el Estado se apoderaría de sus bienes efectuando una desamortización como la de Mendizábal, y las parroquias quedarían confiadas a los sacerdotes filipinos.

Nada de esto se ha cumplido. Aguinaldo podrá ser un tagalo sin instrucción, un Masaniello amarillo, un mono, todo lo que se quiera, pero no es él quien ha faltado al pacto de Biac-na-bató: los desleales a la palabra empeñada, los dignos de censura son los que, por no molestar a los frailes, han preferido provocar una nueva insurrección que cuesta la vida a muchos soldados españoles y acabará por la pérdida total de tan ricas posesiones que parecían las más seguras de nuestras colonias.

No es la revolución filipina un levantamiento antirreligioso como quieren suponer los frailes que, mintiendo con cínico impudor, dijeron no ha mucho: «¡O los masones, o nosotros!». Justamente el pueblo filipino es un pueblo infantil y devoto, dominado por el más irracional fanatismo, e incapaz de vivir alejado de una religión que tres siglos de omnipotencia teocrática le han metido hasta los tuétanos.

Si los filipinos odian al fraile no es por ver en él al sacerdote del catolicismo, sino al político dominador, al tiranuelo de monstruosos apetitos que ha procurado mantenerles en el envilecimiento haciendo estériles los esfuerzos más o menos considerables de las autoridades laicas, por difundir en el archipiélago la civilización europea. Comenzó la insurrección como un simple levantamiento contra la dominación de los frailes, pero el régimen actual, que solo es perseverante y tozudo para lo malo, se empeñó en sostenerles, y lo que se inició como movimiento local se ha convertido en revolución contra la patria.

¿Quién es el responsable? ¿A quién deberá España la pérdida de Filipinas, desgracia que cada momento parece más inevitable?

La responsabilidad es de los frailes, tiña nacional de la que aún no estamos limpios después de saludables matanzas y expulsiones purificadoras. La responsabilidad es de los poderes públicos que, sabiendo son las órdenes monásticas motivo de perturbación en el archipiélago, las han mantenido a todo trance, sustentando latente la

protesta de los indígenas, cuando la presencia de los *yankees* en la bahía de Manila hacía más necesario que nunca halagar al pueblo tagalo, elemento de cuya adhesión dependía el mantenimiento del poder de España.

Por sostener en Filipinas la rapacidad triunfante, el derecho de pernada y la comilona pantagruélica de centenares de brutos emancipados del arado y el azadón, gracias a haber metido su facha de mozo de cordel en una funda de paño burdo y afeitándose la bola de billar que llevan sobre los hombros, vamos a perder el rico archipiélago filipino; y lo que es peor, quedarán sin vida en aquellas apartadas tierras muchos valerosos soldados dignos de mejor suerte.

Y los que han traído tanto mal sobre España, ni siquiera saben ser hombres en los momentos de peligro afrontando las consecuencias de su conducta. Esos frailes que tantas y tan buenas pruebas de virilidad han dado entre las masas devotas en tiempos de paz, se encierran ahora en los fuertes con las mujeres y los niños, sin duda por no pecar de inconsecuentes. El padre Nozaleda, después de decir a los filipinos que los *yankees* hacen la guerra para impedir que sigan adorando a la Virgen, piensa a los primeros tiros en el castizo refrán «Fíate de la Virgen y no corras», y corre y corre camino de la península, tal vez para que aquí le glorifique Pidal como uno de los héroes de España.

¡Ira de Dios!... ¡Y por proteger a estas bandas de tunos que todo lo pierden, españolismo, virilidad y vergüenza, todo menos el instinto de conservación, se ven los españoles en Manila en el más angustioso de los trances!

Lamentamos con toda el alma la situación de nuestros soldados en Filipinas, puñado de héroes que hace prodigios en su desesperación, como siempre los hizo nuestro ejército al verse acorralado y tener que batirse uno contra ciento. Nuestro pensamiento va hasta la sitiada Manila para participar de las angustias de esos españoles que, batidos de frente por el cañón *yankee* y teniendo a la espalda la insurrección filipina, se agrupan con la desesperación del mártir en torno de la bandera de España.

Pero si al final de tanto heroísmo hemos de perder Filipinas, hacemos votos porque no quede con vida ninguno de los causantes de la catástrofe, y ojalá los capitanes de los insurrectos, ejecutores de la suprema justicia, como en otro tiempo lo fueron las espadas de los bárbaros, se emboten y se mellen a fuerza de afeitar en seco monásticos testuces.

Que ninguno vuelva a España. Que sus huesos blanqueen aquella tierra que ha sido para ellos comedor bien provisto y harem de interminables delicias.

Debemos llorar a los nuestros, a los españoles que mueren defendiendo desinteresadamente la patria, sin ser responsables de los abusos tradicionales. El fraile, que por su rapacidad y su soberbia nos ha proporcionado la ruina y la derrota, ese no es español... es un fraile y nada más.

Y si se salvan y vienen a la península (esa gente siempre sale a flote), el pueblo español debe recibirles con todo el honor que les corresponde: el de la cuerda.